

HOMILIA Y COMUNICACION ⁽¹⁾

JOSE L. GUERRA
CENTRO TEOLOGICO DE LAS PALMAS

0. INTRODUCCIÓN

El término “comunicación” es, sin duda, una de las palabras favoritas de nuestra sociedad. La usamos en casa, en la escuela, en el trabajo, en la política, en la iglesia. Es normal, en un mundo como el nuestro, en el que los cambios rápidos y profundos que lo cruzan y condicionan, tienen mucho que ver con el fenómeno de la comunicación, no puede sorprendernos el que esta situación haya traído consigo una serie de investigaciones que han hecho del estudio de este tema una ciencia, es decir una disciplina de investigación especializada en el que concurren los trabajos de antropólogos, sociólogos, pedagogos, lingüistas, ingenieros electrónicos y filósofos.

La materia es vastísima y sería preciso afrontarla provistos de un bagaje de conocimientos muy amplio, extraído de diversas disciplinas científicas. Haría falta el trabajo de un equipo. Pero mi intención es simplemente sugerir

(1) Este artículo corresponde a la ponencia que con el mismo título presentó el autor en las jornadas de Delegados Diocesanos de Liturgia sobre *el sentido evangelizador de la homilía* en enero de 1995. La misma fue publicada en *Pastoral Litúrgica* 227 (1995) 26-43. Si la recogemos en este número se debe al interés que puede tener para los sacerdotes de esta diócesis que reflexionan en la formación permanente de este año sobre este tema.

que el tema homilía puede y debe ser estudiado también desde el punto de vista de la comunicación.

La iglesia no puede pasar de largo junto a este hecho, entre otras cosas, porque ella misma se define y se autocomprende desde esta realidad. Tanto su misión como su naturaleza giran en torno a la comunicación que tiene su origen en Dios y ha alcanzado su nivel más profundo en Jesucristo. La Iglesia debe, pues, dedicar tiempo y esfuerzo al estudio de la comunicación por la necesidad continua que tiene de reformular su mensaje para hacerlo familiar al hombre de hoy y por los retos permanentes que se nos plantean en nuestra acción pastoral. Hablando, en concreto, sobre la homilía que es el ámbito, sobre el que pretendo compartir con ustedes, esta sencilla reflexión, esta necesidad se hace particularmente más ostensible y urgente: ¿Funciona, realmente, la comunicación en nuestras celebraciones? La homilía, como nos recuerda el Vaticano II, forma parte de la acción litúrgica, no es una pieza autónoma y es, en ese marco más amplio, en el que hay que situar su fuerza comunicativa: es toda la celebración, su desarrollo ritual equilibrado y armónico, el conjunto de las expresiones, el que debe hablar, decir, interpelar, sorprender. Flaco servicio el que rinden a la celebración cristiana, esas homilías académicas, largamente repensadas e, incluso, fuertemente emotivas, pronunciadas en el marco de un ritual consumido a prisa y atropelladamente o en la distancia de la incontaminación hierática. Hecha esta aclaración, cabe, ciertamente preguntarse, dada la importancia que en el proceso comunicativo litúrgico tiene la palabra y dado que muchas veces es el momento más esperado, más novedoso de la celebración, en cuanto su contenido no está programado, no se conoce: ¿Son nuestras homilías un acontecer comunicativo?

1. PROBLEMAS DE LA HOMILIA

¿No suele ser la homilía la cruz semanal de todo buen cura? Piensen si no: Buscar cada domingo algo nuevo que decir sobre un texto bíblico escuchado ya cientos de veces y además decirlo inteligentemente y decirlo, precisamente, a un auditorio imposible: algunos jóvenes, muchas señoras de cierta edad, tal vez algunos jubilados; pero también niños, el profesor del instituto o de la universidad, el médico o el alcalde, las religiosas, la pareja casada hace unas semanas o la madre que acaba de perder un hijo en accidente de tráfico, los fieles incorporados a la acción pastoral de la parroquia y los de paso, de vacaciones. La enumeración podría ser interminable. Pero me contento con hacer de entrada esta constatación.

El Vaticano II, retomando la tradición más genuina de la Iglesia, afirma que la homilía, más que cualquier otro tipo de predicación, “es proclamación

de las maravillas obradas por Dios en la historia de la salvación, es decir en el misterio de Cristo... siempre presente y actuante en nosotros, particularmente en la celebración litúrgica” (SC 35,2). La enseñanza conciliar y el mismo desarrollo de la Reforma Litúrgica nos permiten actualmente un planteamiento más correcto y completo de la problemática que envuelve el quehacer homilético. Pero mientras algunos aspectos se presentan como adquisiciones definitivas, otras cuestiones permanecen aún abiertas e incluso vivamente discutidas. Es curioso notar cómo en el fondo cuando se reflexiona sobre la homilía se termina uno por encontrar con los problemas más agudos de la Iglesia de hoy. Nos detenemos sólo en algunos y de modo necesariamente breve.

1.1. Actualizar la Palabra de Dios.

Es la dificultad más vivamente sentida y que afecta de cerca la misma finalidad de la homilía, al tiempo que condiciona otros aspectos de la celebración litúrgica: ¿Cómo actualizar la Palabra de Dios en relación a la historia personal y colectiva de esa asamblea aquí y ahora convocada, de forma que esa Palabra suene y se haga “acontecimiento”? ¿Cómo pronunciar el “hoy se cumple esto” y ayudar a leer los signos que lo manifiestan en el espesor de la vida concreta de los hombres y mujeres aquí reunidos? Sin lugar a dudas, estas preguntas tienen mucho que ver con el problema hermenéutico, hoy tan debatido.

La exégesis presta un gran servicio a la homilía interpretando la Palabra de Dios para mostrarnos que no pertenece solamente a una situación ya pasada que la condiciona, sino que permanece viva y actual para cada uno de nosotros.

Ligada a la Persona y al Misterio de fe y de vida que se está celebrando en la asamblea litúrgica, la homilía no puede dejar de recuperar la inquietud original del “kerigma”, que para ser eficaz y alcanzar su objetivo debe realizarse siempre en nuevas actuaciones.

Partiendo de esta planteamiento, los teóricos de este tema (B. Dreher), señalan que la homilía debe asumir y de hecho asume, como atestigua la historia de este género, las siguientes características:

1. Ha de insertarse en la *continuidad* de una tradición viva, que le dé fuerza y solidez.
2. Esta continuidad lleva consigo un *proceso* de desarrollo hacia el cumplimiento escatológico. Es decir, una progresiva comprensión, siempre actualizada en la Iglesia bajo el impulso del Espíritu, que la va guiando poco a poco hasta la total verdad revelada por Cristo (Jn. 16,13).

3. Precisamente por ello debe subrayar la dimensión de *actualidad*, propia de la homilía: ello expresará y pondrá de relieve la forma en que la Iglesia reflexiona y vive la Palabra.
4. Por último, es preciso que la homilía tenga en cuenta las *condiciones* concretas de la asamblea a la que va dirigida, conduciéndola gradualmente desde la situación catecumenal a la madurez cristiana.

Es justamente en este último aspecto, relacionado con la comunidad concreta que se tiene delante, en la escasa respuesta a las demandas que impone la realidad de cada día, donde residen las causas profundas de la crisis del anuncio cristiano. Todo ello se traduce con demasiada frecuencia en abstracciones que constituyen un mundo distinto y diferente al mundo de la vida diaria y de sus problemas: todas las encuestas sobre la homilía manifiestan de una u otra forma esta crítica.

Mientras los problemas de cada día tienen un rostro y una historia determinada, frecuentemente dramática, se acusa a los predicadores de hablar en términos demasiado generales, de usar un lenguaje e, incluso un tono de voz, ahistórico, abstracto, lejano, de no saber mostrar la carga existencial que la Palabra de Dios tiene también para hoy, para ese hombre que vive en el aquí y en el ahora de una historia concreta. De este modo, el predicador elige un camino equivocado, porque el centro de toda comunicación, también y sobre todo si es cristiana, lo ocupan las vivencias, los hechos reales, todo lo que tiene que ver con la acción de cada día, hoy, por otra parte, más subrayada que nunca, dada la educación fílmica, icónica, de los oyentes, más predispuesta a evocar situaciones que a captar conceptos.

Actualizar la Palabra de Dios no quiere decir solamente *traducirla al lenguaje* de nuestro tiempo: significa comprenderla y explicarla exegéticamente en su fuerza originaria y ponerla valientemente en confrontación con los problemas y con las situaciones críticas que vive nuestra sociedad. Significa situarla en el circuito de la comunicación humana y expresarla con la fuerza, la actualidad y la sorpresa que encierra toda noticia.

Ciertamente son pocos los problemas que nos agobian hoy, tratados explícitamente en las Sagradas Escrituras: pero en la revelación podemos encontrar la inspiración y el impulso para afrontar nuestras dificultades. En ella podemos encontrar un sentido, una dirección y un significado.

Sin duda alguna, hoy nadie discute que todo aquel que asume el ministerio de la predicación debe meditar y presentar el mensaje bíblico en estrecha relación con el "misterio" celebrado y la realidad concreta a la que todos debemos traducirlo. Pero en la práctica pastoral este esfuerzo de actualización lleva consigo serias dificultades:

- Ante todo, la realidad misma de nuestras asambleas, la inmensa mayoría de las veces, sobre todo en la gran ciudad, anónimas y heterogéneas, cruzadas por problemas, mentalidades y expectativas diferentes. Es claro que los oyentes desean reconocerse en todo discurso que se dirige a ellos, por tanto también en la homilía. Por ello es fundamental tener en cuenta lo que interesa, apasiona o irrita, lo que hace pensar, lo que ocupa y preocupa a los oyentes y esto en nuestras asambleas masivas y en nuestras homilías monologales, es casi imposible. De ahí que resulte tantas veces un anuncio no esperado y por ello no recibido, una respuesta a problemas no planteados y ni siquiera sentidos.
- La homilía, por otra parte, actualmente, no dispone más que de un tiempo limitado. Ello reduce la posibilidad de utilizar métodos o formas para enraizar la enseñanza de la Escritura en las situaciones reales. Los diez minutos de homilía no bastan para poner en evidencia las diversas perspectivas, las distintas exigencias del acto de fe y sin embargo, uno se siente en la tentación de, al menos, esbozar alguna de esas dimensiones que necesariamente requieren un mayor desarrollo, sobre todo cuando se parte del hecho de que para la mayoría de los oyentes la homilía es el único cauce para una catequesis ordinaria.
- Por último, el tomar posición ante determinados problemas no es siempre sólo cuestión de capacidad o de valor moral: el paso del mensaje bíblico a la situación concreta no es en sí mismo fácil. Unas veces por la misma condición del texto, otras veces porque puede aparecer como un texto abierto a múltiples interpretaciones. Hacer esas concreciones cuando se entra en el campo de lo opinable y en el contexto de una asamblea heterogénea no deja de ser una dificultad añadida.

1.2. Nuevas formas de actualización.

Las propuestas para hacer más actual el mensaje bíblico para el hombre de hoy son variadas y, muchas de ellas, discutibles. Van desde la participación de los laicos en la homilía, hasta la utilización de páginas particularmente significativas de autores contemporáneos, leídas antes de los textos bíblicos, el uso de imágenes, diarios, filmas, mimos, escenificaciones breves, etc.

Desconozco hasta qué punto, estos medios útiles en pequeños grupos, pueden responder a las condiciones de asambleas litúrgicas más amplias. Quede constancia, sin embargo, del amplio cuadro que resulta de la respuesta que intenta darse a esta difícil problemática.

Me gustaría detenerme, aunque sólo sea ligeramente, en una fórmula, sin duda discutible, pero, a mi entender, interesante.

Nosotros tendemos, tal vez, a ver en la predicación sólo un aspecto vertical. La acción de Dios, por una parte, sobre todo desde que hemos descubierto la grandeza de la teología de la Palabra, como acontecimiento actual de salvación. Y, por otra, de transmisión, también vertical, de un mensaje, a modo de adoctrinamiento que los fieles aceptan o no, pero siempre transmitido más bien en clave didáctica. Sin embargo, el proceso de comunicación es complejo: presenta todos los mecanismos —lingüísticos y psicológicos— de agresión y defensa, de relación interpersonal entre el predicador y los oyentes, de asociaciones que las diversas palabras provocan en el auditorio, etc. Por ello, el predicador debe saber valorar también toda la fuerza de que es portadora la palabra humana, para que el mensaje divino pueda verdaderamente “encarnarse” en el modo y en las condiciones del hombre.

Los teóricos de las comunicaciones sociales afirman que toda información o anuncio pierde garra y significado con la repetición: “La idea de que una información en una sociedad en continuo cambio, puede ser repetida hasta el infinito sin perder por ello valor, es falsa”.

De esta ley, teniendo incluso presente el carácter especial de la Palabra de Dios, no se escapa el anuncio cristiano: cuanto más se conoce algo, más de hace habitual, menos interesa. Deja de ser noticia.

Partiendo de esta constatación, el estudioso protestante Hans-Dieter Bastian (un estudioso de la homilética en el campo protestante) ha tratado de aplicar a la predicación el procedimiento que Bertolt Brecht usa en su teatro y en sus escritos sobre teatro y que podríamos denominar, para entendernos, “técnica del distanciamiento”.

Con su lenguaje frecuentemente provocativo Brecht trata de que los espectadores reaccionen distanciándose de los personajes y de las acciones que protagonizan, hasta el punto que sientan “extrañeza” e incluso indignación por lo que ven y oyen. Sólo así conservarán su sentido crítico, su capacidad de reacción, de forma que las cosas de todos los días, aparezcan con una nueva o rara luz y así, a través del estupor o de la admiración, puedan ver y leer la realidad humana con ojos nuevos.

Brecht pretende que lo que es habitual pueda resultar extraño, lo que es cotidiano aparezca curioso, lo que es evidente resulte inexplicable y en lo que se acepta como normal se reconozca el abuso y se reaccione poniéndole remedio.

La técnica del distanciamiento puede resultar eficaz a la hora de comunicar: Provocar desorientación y extrañeza para favorecer una nueva com-

prensión y confianza, tratar de que aquello que es usual, obvio, insignificante, consiga suscitar interés, curiosidad, admiración. Quizá por ello, esta técnica pueda resultar de interés a la hora de transmitir el mensaje bíblico.

El anuncio cristiano no puede convertirse en un “rollo” fijo, estereotipado. Todo lo contrario. Debe ser superado continuamente por fórmulas de transmisión siempre nuevas, como nos muestra el mismo Evangelio, para que la Palabra de Dios sea dicha al hombre en un modo siempre nuevo, sorprendente, imprevisto, concreto, existencial, de modo que éste se sienta permanentemente estimulado a la conversión y a la acción.

Esta técnica, por otra parte, no es nada nueva. Tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo Testamento nos presentan numerosos ejemplos de este proceso. Es típico a este respecto el procedimiento seguido por el profeta Natán con el rey David (2 Sam. 12) y en el Nuevo Testamento muchas son las parábolas que encontramos en esta línea. Estas aparecen más como armas polémicas que como formas didácticas para expresar verdades nuevas: presentan situaciones de la vida ordinaria bajo aspectos desacostumbrados que despiertan atención y admiración, subrayando así la idea del Reino de Dios de una forma nueva, desconcertante y, por los mismo, eficaz e interpe-lante.

Es ésta, ciertamente una forma nueva de afrontar la comunicación a la hora de la predicación homilética, un método para despertar del sueño que provoca todo aquello que es obvio o común y hacer sentir de forma nueva la urgencia de la Palabra de Dios, pero no es en absoluto aconsejable siempre. Por ello no es tampoco la receta definitiva para solucionar los problemas que la homilía plantea, aunque sí abre una perspectiva de reflexión y de acción para aquellos que se quieran tomar en serio el anuncio cristiano.

1.3. Homilía ¿monólogo o diálogo?

Un tercer aspecto de la actual problemática homilética es particularmente interesante: la participación de los laicos en la homilía.

Lo que se discute no es el carácter presidencial y magisterial de la homilía, reservada tradicionalmente al obispo y a sus colaboradores como enseña también el Vaticano II (LG 26-27; PO 24). Lo que se plantea es si esa disciplina tradicional, oficialmente en vigor, es la única manera posible de ejercer la función presidencial de la homilía.

Pero no es este aspecto sobre el que me gustaría detenerme en este momento, sino sobre aquel que nace de la insuficiencia y dificultad de una predicación que no realiza una comunicación bilateral y completa.

En la homilía, se subraya, habla uno solo, desde un solo punto de vista, con escaso o nulo conocimiento de la asamblea, con posibilidad de malentendidos, dada la carencia de retroalimentación —feedback— y, por tanto, de posibilidad de comprobar el grado de aceptación o rechazo con que llega el mensaje a sus destinatarios, tanto más necesaria, por otra parte, cuanto el predicador pertenece a un grupo sociológico muy especial por formación, función, experiencias y estilo de vida.

Por otra parte, este criterio rigurosamente monódico no se corresponde con la praxis de Cristo y de los apóstoles, en la que se dan todos los tonos posibles de participación y de reacción que pueden caracterizar la relación predicador-oyente: manifestaciones de admiración, diálogo o conversación, preguntas bien intencionadas o capciosas, protestas, discusiones, blasfemias, tumultos o amenazas.

La tradición de la iglesia en lo que respecta a la función presidencial de la homilía, es clara y constante, desde los tiempos de Justino. Pero no aparece que ésta sea, como decíamos hace un momento, la cuestión que se opone en tela de juicio. Se trata más bien de afirmar esto sin dejar de sacar, por ello, todas las consecuencias que se derivan de la función de los laicos en la misión salvífica de la Iglesia en razón de su sacerdocio real y profético (2Pt 2,9) y de su relación de comunión con la jerarquía.

Las modalidades que esta colaboración puede adquirir y, de hecho adquiere, son variadas, aunque no todas igualmente válidas u oportunas. Quede constancia aquí simplemente de este problema y de la necesidad de integrar convenientemente algunas experiencias, entre las cuales no es insignificante la creación de un grupo operativo que junto con los sacerdotes se haga corresponsable de la predicación cristiana en determinado ambiente, sobre todo en lo que respecta a su preparación, aportando su experiencia desde su condición de laicos, no sólo en el sentido de no sustituir el “*ministerium verbi*” propio del que preside, sino sobre todo en relación a su condición secular según la cual los laicos deben “buscar el Reino de Dios tratando las cosas temporales y ordenándolas según Dios (LG 31)”. En realidad, debemos afirmar: no existe un modelo de homilía, a no ser aquel que más privilegie el anuncio del Evangelio.

2. LA HOMILIA COMO COMUNICACION

Insistir a esas alturas en la importancia del proceso comunicativo de la homilía, posiblemente sea redundar en algo que venimos insistiendo desde el primer momento. Sin embargo nunca está de más.

Este proceso tiene una doble vertiente: es un acontecimiento pneumático, influido por el Espíritu y es, a la vez, una acción psicológica, condicionada por las leyes de la comunicación. Aquí insistiré sobre la segunda vertiente.

2.1. Elementos de la comunicación homilética.

La homilía, como todo proceso de comunicación, se estructura funcional y dinámicamente, en torno a tres factores fundamentales: a) el sujeto emisor (en este caso el predicador), b) el mensaje o contenido y c) el sujeto receptor o destinatario de la palabra.

a) *El emisor: (predicador)*

Es el que transmite el mensaje, a veces lo crea o, al menos, lo selecciona. Antes que con los oyentes, se establece un diálogo entre él y el texto, desde su vida y sus valores personales. El texto repercute en su mundo emocional y su mundo emocional repercute en la proclamación que haga del texto. Desde este punto de vista detenta el control del mensaje ante el que nunca es neutral: la formación recibida, el estilo de vida, su mentalidad, sus dudas, sus problemas quedan involucrados en la Palabra que proclama y en el modo cómo la proclama. El tono, el énfasis que pone en determinados aspectos, su actitud... colorean, de hecho, el mensaje y emiten, a un tiempo, mensajes paralelos.

Por otra parte, es evidente, que la actitud general del público frente a la predicación, su sentido de Iglesia, el grado de identificación con la comunidad de creyentes, la aceptación o el rechazo de la persona del predicador, sus conocimientos precedentes, pueden modificar y, de hecho, modifican el proceso comunicativo.

No obstante, el predicador responsable, consciente de estas limitaciones, antes de dirigirse a su auditorio, recorre y trata de resolver con profesionalidad, todos aquellos pasos que conlleva el proceso de comunicación.

1º. Pre-codifica: Es decir trata de conocer y analizar previamente al grupo humano al que piensa dirigirse. El tipo de asamblea, su composición social, cultural, sexual, lenguaje, problemática, expectativas, etc.

2º. Codifica el mensaje: Es lo que podríamos llamar fase hermenéutica o interpretativa del mensaje. Se trata de hacerlo inteligible, operativo, eficaz, para ello es necesario traducirlo en señales y signos comprensibles. Seleccionar los contenidos y el modo de transmitirlo, adaptándolo a las condiciones concretas de esa asamblea a la que se dirige. Todo ello es imposible si entre el emisor y el receptor no existe una mínima zona cultural compartida, una mínima zona de

experiencias y valores en común. En la práctica, esto supone que el emisor y el receptor utilicen el mismo lenguaje, el mismo código.

3º. Emite, difunde el mensaje: La Palabra recorre el trayecto emisor-receptor, en cuya recepción tiene mucho que ver aspectos aparentemente tan insignificantes, pero sin duda, claves, como la mirada — hablar a la asamblea, no ante la asamblea—, el correcto uso de la megafonía, la dicción por parte del emisor, la comodidad del espacio, etc.

b) El mensaje:

Es el contenido de la comunicación que, en el caso de la homilía, es conocido por todos y no insisto más en ello.

Sólo recordar, si me lo permiten, que la homilía, por su especificidad no se limita a provocar el encuentro con lo sagrado, sino que trata de explicar las consecuencias existenciales que ese encuentro comporta. De hecho, la Palabra no alcanzará su objetivo si no conlleva un cambio de vida, a partir de los textos proclamados, del Misterio celebrado en los ritos y en referencia a los acontecimientos históricos que vivimos.

En la práctica, la homilía, como toda la celebración cristiana y como la misma forma de entender globalmente la fe, oscila también entre esos dos extremos igualmente peligrosos que es imprescindible integrar: el espiritualismo y la política o lo que es lo mismo, por nombrarlo con términos que recorren el cristianismo desde los primeros siglos: entre el monofisismo (se olvida la condición humana y encarnada de Jesús, destacando sólo su divinidad) y el nestorianismo y arrianismo (se prescinde de la condición divina, para reconocer en Cristo sólo lo humano).

De todas formas, es preciso no olvidar que el mensaje es el resultado dialéctico de los dos polos de la comunicación. Y así, lo mismo que en un periódico podemos distinguir la línea ideológica de la redacción y las tendencias de los lectores, también en la homilía podemos constatar ese doble condicionamiento: mientras, por una parte, el predicador refleja la dependencia jerárquica y el magisterio oficial, por otra, emergen y se hacen sentir las expectativas del público al que se dirige. Por ello, la homilía, permaneciendo fiel a sí misma, necesita permanentemente cambiar su vestido.

c) El receptor:

La homilía es parte integrante de la acción cultural y se dirige a los que se reúnen para celebrarla. En dichas reuniones, como en tantas otras, un análisis superficial nos hace descubrir rápidamente dos clases diferentes de agrupaciones humanas: aquellas formadas por personas que guardan entre sí una relación

e integración más o menos estable, tanto antes de la reunión como después de ella e incluso lazos de vecindad, y otras que son simples conglomerados humanos sin más relación que la coincidencia en la acción celebrativa. En el primer caso, nos encontramos ante una asamblea formada por una comunidad natural, de corte rural o de pequeño grupo, en la que la celebración sólo es un momento de una compleja red de interrelaciones que engloban la totalidad de la vida y sobre la que resulta más fácil incidir y en el segundo, con la asamblea-conglomerado urbano en el que el comportamiento de los fieles es colectivo, es decir actúan y reaccionan conjuntamente, pero sin apenas conocerse y relacionarse y con la que resulta más difícil comunicarse. Sin embargo la ausencia de comunicación recíproca no quiere decir que esa asamblea sea una masa amorfa, atomizada, gregaria, porque la asamblea cultural es una realidad compleja.

De todos modos, en la sociedad actual se desarrollan fundamentalmente, dos tipos de personalidades que es importante tener en cuenta:

- La personalidad *hetero-dirigida*: muy atenta a lo que hacen los demás y muy condicionada por los medios de comunicación. En el caso de la predicación cristiana puede englobar a los que esperan de la predicación, ante todo, seguridad y el mantenimiento del orden establecido — como sucede de ordinario con las llamadas clases medias— y aquellos que piden a la iglesia— que sea crítica con la sociedad y se haga cargo de sus reivindicaciones.
- La personalidad *auto-dirigida*: son los que saben o creen saber que pueden dirigirse a sí mismos y lo que esperan de la Iglesia y, en concreto de la predicación homilética, es potenciar las motivaciones que le dan sentido último a su vida.

2.2. La dinámica de la comunicación homilética.

Individualizada la estructura estática de la homilía, se trata ahora de ver esos mismos elementos desde la perspectiva dinámica, es decir, desde el desarrollo comunicativo.

a) La comunicación social completa.

Seleccionado el código a utilizar —oral, icónico, escrito...— que va a permitir transmitir el mensaje, la comunicación (la predicación), como ya hemos indicado, tendrá lugar en tres momentos:

- La codificación por parte del emisor.
- La transmisión a través del canal seleccionado.
- Y la descodificación por parte del oyente.

Pero ésta es sólo una parte de la comunicación. Una comunicación social auténtica y compleja requiere la respuesta del receptor que permita al emisor verificar críticamente si su mensaje ha sido aceptado o rechazado. Es el momento del “feedback”, como ya hemos indicado, o retroalimentación, de manera que el mensaje recibido da lugar a una respuesta o a una reacción que parte ahora del receptor convertido en emisor, creándose así la circularidad del proceso, elemento cualificador de la comunicación.

Es importante que el destinatario reaccione al estímulo y que el predicador esté atento y sea capaz de detectar el eco que su mensaje suscita en el auditorio.

b) La predicación homilética.

El feed-back no existe, sin embargo, en la homilía, al menos en los contextos ordinarios de nuestras asambleas. Consecuentemente el predicador no dispone de información sobre el efecto que sus palabras suscitan en los oyentes, desconoce si su mensaje ha sido aceptado o si ha sido rechazado en los términos en que él ha querido transmitirlo.

Ningún predicador puede garantizar por sí solo la comunicación con su público. Lo demuestra el hecho de que todo buen comunicador (léase buen orador) busca una continua verificación del proceso que se está realizando, obteniendo informaciones del rostro de los que escuchan, de su actitud, de su silencio, del ruido ambiente, etc... Pero ¿No es demasiado poco este feedback para garantizar la libertad de los fieles y para ofrecer una predicación interesante, adaptada a la asamblea y a su situación?

2.3. Funciones de la comunicación homilética.

Sólo nos detendremos en dos funciones, aquellas que son verificables desde la óptica de la sociología de la comunicación.

a) Función persuasiva.

Es de capital importancia, porque la homilía forma parte de la retórica: De hecho aunque se fundamenta en la autoridad de los textos sagrados o en la autoridad del magisterio, de cara al cambio de actitudes que debe suscitar, la homilía prefiere siempre la exhortación, captar la benevolencia y la buena voluntad del oyente a cualquier tipo de expresión. En este aspecto, es conveniente, recordar que el comienzo y el final de la homilía son dos momentos a cuidar de modo especial.

Ahora bien, no podemos olvidar que la función persuasiva de la homilía no es sólo de orden cognoscitivo-emotivo, sino que está integrada y hay que

contemplarla en el complejo de reacciones derivadas de los símbolos y gestos que enriquecen la liturgia. Función, por otra parte, más adecuada a la hora de reafirmar y mantener las opiniones pre-existentes o incluso a la hora de suscitar nuevas convicciones que a la hora de remover o romper con las ya adquiridas.

b) Función de confirmar y reforzar.

Hay un mecanismo de defensa contra la función persuasiva: si el mensaje no coincide con las ideas o creencias preconcebidas de los oyentes, éstos tienden a rechazarlo o a deformarlo en la línea de la confirmación en sus propias opiniones. Es lo que dice la teoría de la disonancia o la ley de la evitación de la disonancia: el oyente tiende a eliminar lo que le disuena.

Esta función de reafirmación y reforzamiento de las opciones presentadas es una reacción, a su vez, contra ese mecanismo de defensa y, por ello, es imprescindible. El predicador ha de tener presente esta condición del oyente y tratar de cortar el paso en los tres mecanismos de selección, tras los cuales suele el oyente parapetarse en su huída:

- La *exposición selectiva*, es la inclinación natural de todo oyente: seleccionar, cuando es posible, a aquel predicador del que se espera un mensaje en conformidad con las propias convicciones.
- La *percepción selectiva*, consiste en aceptar sólo aquellos estímulos que responden a las expectativas que se alimentan, de modo que el sistema de referencias que ya se tiene condiciona todo el mensaje.
- La *memoria selectiva*: es el proceso por el que sólo se recuerdan los mensajes que interesan y se olvidan los que contradicen las propias formas de pensar.

3. LA EXPERIENCIA PERSONAL DEL QUE PRESIDE

Ciertamente la predicación del Evangelio es incompatible con predicarse a sí mismo. No se puede reducir la predicación a comunicar experiencias subjetivas.

Pero esta crítica no afecta a quien invita a participar en la praxis vital de la fe cristiana y, por eso, en ciertos contextos, no silencia su propia experiencia personal. Si la homilía es un acto de fe de la Iglesia, debe ser, por lo mismo, el acto de fe del que la pronuncia. El que predica debe ser consciente que lo hace cumpliendo una misión de la Iglesia. Ese es el fundamento de esta comunicación pública tan especial. En efecto, el primer problema que plantea la palabra pública es el de su fundamento: ¿En virtud de qué una persona tiene

derecho a hablar en público? En cierto modo tomar la palabra en público es tomar el poder en una asamblea.

Pero la experiencia personal viene exigida también por la misma dinámica comunicativa. La comunicación es un proceso integral de la persona. Ante todo es intrapersonal, dentro de uno mismo, cara a los demás o cara a los contenidos. Y luego, interpersonal. Decía, anteriormente, que la experiencia del predicador, sus dudas, sus problemas afectan a la Palabra que proclama y en el modo cómo la proclama: un predicador angustiado, miedoso, o bien, optimista, transmite la Palabra con esas mismas actitudes, aún sin saberlo.

Estos problemas no basta con reprimirlos, pues aparecerían disfrazados o desfigurados, es preciso ser conscientes de ellos y asumirlos, tratar de superarlos o, en todo caso, aceptarlos con lucidez y humildad.

Esto es más importante de lo que a simple vista parece y últimamente muchos homiletas, sobre todo los de lengua alemana, se han ocupado de este campo, tratando de aplicar las adquisiciones de la psicología al ámbito de la predicación. Son muchos los que afirman que la crisis de la predicación es la crisis del predicador. Es éste el nivel más decisivo de la comunicación: la sensibilidad del predicador ante las exigencias de la Palabra, ante la recepción de los oyentes, ante la crítica a su homilía o a sus actitudes... El mensaje —afirma un teórico de la información— es el medio. En este caso, el predicador.

4. TIPOLOGIAS DE LOS PREDICADORES HOMILETICOS

L. Maldonado en su obra “La homilía”⁽²⁾ presenta una interesante clasificación y descripción de los predicadores que puede ser una buena guía turística para pasearse, revisar y detectar los peligros de la predicación monogal. A ellas les remito, al mismo tiempo que les invito a completarla con la galería de personajes que el P. Louis Sintas, conferenciante de Notre Dâme a lo largo de tres años, presenta en la revista “Celebrer” del Centro de Pastoral Litúrgica de París⁽³⁾. Lo que se pretende con estos análisis es caer en la cuenta, si cabe todavía más, de que la dificultad de una homilía no está sólo en su contenido, en la exégesis y teología que la apoyan. Siendo esto de capital importancia, no es suficiente. También cuenta

(2) MALDONADO, L.: *La homilía, predicación, litúrgica, comunidad*, Paulinas, Madrid (1993), págs. 142-144.

(3) Cf. CIVITAS L., *L'homélie dans la célébration*, en *Celebrer* 235 (1993), pág. 5-10.

mucho el sujeto que asume esos contenidos, convirtiéndolos en predicación personal y personalizada.

5. ¿ES IMPOSIBLE HACER UNA BUENA HOMILIA?

La homilía, se ha dicho, es una especie de conversación familiar. No es un curso de exégesis filológica, ni literaria o tipológica. No es tampoco una lección de teología dogmática, moral o sacramental, ni un sermón de efectos, ni un ejercicio oratorio, ni una catequesis, y sin embargo puede jugar con cualquiera de estos elementos. Es más bien la conversación de un amigo que ayuda, ilumina, confirma, edifica a partir de la Palabra o de la misma celebración del Misterio. Se encuentra englobada en un marco complejo de símbolos, gestos y palabras que hablan y comunican también. Su estructura dinámica, como toda la celebración, debe conducir también a vivenciar ciertas actitudes características de la Alianza: La escucha, la adhesión, la identificación, el compromiso, la súplica, la alabanza, etc. En este contexto, que no ha de perderse nunca de vista, la homilía puede desarrollarse en distintas direcciones. No hay, por tanto, un género homilético o, dicho en positivo, reafirmamos que el mejor género es aquel que mejor ayuda al encuentro con el Evangelio.

Ciertamente la homilía, es un don del Espíritu, es un carisma confiado a la Iglesia: el carisma de la autoridad, el carisma de la enseñanza. El pueblo de Dios tiene derecho a una enseñanza que le permita acceder a una comprensión progresiva de la Palabra de Dios y tal enseñanza no puede ofrecerse más que en nombre de la Trinidad.

Pero esta enseñanza no es impersonal, ahistórica. Debe adaptarse al auditorio al que se dirige y provocar a las gentes que están allí. Todos los valores puestos de manifiesto por la pedagogía o las ciencias de la comunicación son mediaciones imprescindibles al servicio de la revelación. Por ello mismo, la homilía también es un arte que hay que aprender.

Predicar una buena homilía no es imposible. Todos hemos sido testigos de esta posibilidad. Hay homilías que llegan y otras que se quedan en simples intentos, o en el mejor de los casos, en simples pérdidas de tiempo. Ahora bien, no es fácil. No basta con superar aquellos aspectos que afectan al contenido del mensaje, es preciso tener en cuenta también el complejo mundo de la comunicación. Sin ello, cualquier mensaje quedaría invalidado.

Con esta exposición sólo he pretendido reafirmar ante ustedes su importancia y ofertar claves a partir de las cuales poder revisar críticamente nuestra propia experiencia de predicadores.

José Luis Guerra